

vez de una, debe abstenerse las mas veces de ir á la taberna. La decantada sencillez de nuestros mayores los inducia á beber en un solo frasco, que giraba entre los comensales; la urbanidad moderna, requiere mas botellas sobre la mesa y una copa para cada uno de los convidados. Así, *se bebe actualmente menos vino, precisamente porque hay mas botellas y mas copas*; y los modernos son menos dados á la embriaguez que los antiguos, porque se sientan á comer sobre mejores asientos, cuando los otros lo hacian por tierra: dígase otro tanto de los demás muebles.

CAPÍTULO IV.

Esceso en las diversiones corpóreas.

En el intervalo entre una y otra digestion, las personas desocupadas en los tiempos civilizados, ó alimentan el espíritu con amenas lecturas, ó cultivan sentimientos nobles en las tertulias, ó dejan vagar la fantasía en el teatro entre las imágenes de lo bello, pasando con feliz alternativa de las ideas á los sentimientos, de éstos á las imágenes, y tal vez asociándolos todos con aumento de placer. Al contrario, en los tiempos de rustiquez y barbarie la necesidad de sentir encuentra su pasto *principalmente* en nadar, correr, saltar, tirar la barra, lanzar piedras ó saetas, manejar caballos, conducir carruages ú otros semejantes ejercicios corpóreos, que adiestran al hombre para la guerra y la caza. Todo se reduce á movimientos del cuerpo, en que el espíritu y el ánimo no toman parte en ellos.

Ejercicios guerreros. La guerra, por cuanto es de un lado muy fecunda en sensaciones corpóreas muy enérgicas, y de otro procura ganancias eventuales en poco tiempo, es la pasión principal de los pueblos bárbaros y semi-bárbaros. Sus diversiones suelen ser por esto batallas fingidas, ó como de

cimos, *simulacros*, hasta que se presentan las eventualidades de batallas efectivas, que son mas deseadas que las otras, porque ofrecen los lances del botín, por no llamarlo con otro nombre.

De aquí es que los gefes guerreros, á imitación de los jugadores cuando no juegan, miran como perdido el tiempo en que permanecen en paz, y se manifiestan llenos de alegría á la noticia de un enemigo que pretende invadir, ó de ir á buscarlo en su casa.

En esta situación de cosas, los pueblos, lejos de ocuparse de la justicia y conveniencia de la causa porque se arman, no quieren mas que combatir y conquistar; y viendo que el valor y la victoria les produce riquezas y aplausos, se habitúan á creer que sus derechos están en la punta de la espada, y que todo pertenezca al bravo que tiene la osadía y la fuerza para apoderarse de ellas.

De aquí resulta tambien que se introduce naturalmente la idea de decidir las cuestiones con desafíos, y sustituir la destreza y el valor á la decision de los tribunales.

Ofuscada toda idea de justicia entre un pueblo bravo, feroz, vengativo y siempre armado, deben ser frequentísimos los homicidios y la efusion de sangre; por esto las leyes de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano, establecieron un precio por las heridas de cada miembro y por la vida de cada ciudadano, desde el soberano hasta el esclavo.

Por muchos siglos reinó este espíritu guerrero en Europa, y halló alimento en los conocidos torneos, donde los jóvenes caballeros se batian mas por el honor de sus bellas, que por la gloria de su país; y donde aquellas, siendo espectadoras, debian perder su natural sensibilidad en medio de los estragos y la sangre; puesto que frecuentemente resultaban riñas, en las que se pasaba del valor al furor, y en que no pocas veces se vertia la sangre cuando se les llamaba juegos y festejos.

La imágen de la guerra se introdujo en los juegos populares, una vez que el pueblo se ejercitó por mucho tiempo en el desafío á patadas, puñetazos, al escudo, palos y pedradas. Frecuentemente el dolor de los golpes y las risadas de los espectadores inflamaban los ánimos, y del juego se pasaba al estrago: así se dieron leyes y estatutos en que fueron prohibidas las armas, permitiéndose solo el palo ó el combate con armas bien forradas, y el escudo. Acaso fué preciso prohibir hasta el palo, piedras y puñadas, atendida la frecuencia de mortales contusiones. Fuera de los diversos partidos de una ciudad, varias de éstas salian á darse batallas entre sí, á celebrar justas, torneos y borracheras, que terminaban trágicamente, y que se atrajeron las censuras de los sagrados cánones, aunque en vano; porque en las mañanas de los dias festivos salian de las ciudades bandas de muchachos provistos de hondas para batallar á pedradas, y cuyo uso duró hasta fi-

nes del siglo pasado. Hasta las leyes mismas fomentaban las ideas guerreras en algunos países, prohibiendo unos juegos y prescribiendo otros que iniciasen al pueblo en las bravuras de la guerra.

En Francia en el siglo XVI apareció la rabiiosa banda de los hijos de la Francia. Con esta denominación se distinguían los jóvenes caballeros adictos á la corte del Duque de Orleans, hijo de Francisco I; y que vivaces, impetuosos y fervientes como él, se hacían notables por sus escesos y locuras. Estos jóvenes se divertían en precipitarse con los piés juntos en los pozos, en atravesar muchas veces á caballo por hogueras encendidas. Inventaron una nueva manera de pasear por la ciudad, á saber, caminaban sobre los techos de las casas y saltaban de uno á otro lado de la calle, corrían de noche en busca de aventuras, y, si encontraban personas armadas, venían luego á las manos, y las obligaban á echar mano á la espada y batirse.

En todos estos juegos, las ideas guerreras y destructoras se presentaban bajo diversas formas, y hacían los ánimos estraños á los sentimientos pacíficos y sociales.

La habitud de ver heridas y homicidios en medio de los juegos, disminuyó el horror contra estos delitos; y los ánimos feroces osaron cometerlos después en cualquier ocasion, esperando hallar pronta la compasión en la opinión del público.

A las ideas guerreras vigentes en los tiempos pa-

sados es de atribuirse el uso de llevar espada en tiempo de paz, el cual subsistió en Europa hasta fines del siglo pasado, y se mantiene en nuestros países de América; uso que si es racional en el hombre cuando dirige la fuerza armada, conservadora de la quietud pública, es sublimemente ridículo en personas estrañas á la milicia, y una verdadera afrenta para ella. Y si la necesidad obliga á esa portacion, es claro que las costumbres no pueden dejar de graduarse de brutales y bárbaras.

Ejercicios de caza. Ora cesase la guerra momentáneamente, ó continuase con mucho calor, se reproducía su imágen en la caza, de que eran apasionadísimos nuestros mayores. Los placeres que se pueden gustar en las florestas, parecen haber sido las diversiones predilectas, desde el siglo V al XV, de las personas elevadas á un distinguido rango, y dotadas de una fortuna considerable, ya tuviesen talentos particulares para la guerra, ó que faltasen del valor bastante para ensayarlos.

Antes del fusil se hacia uso del arco para tirar á las aves: este modo de cazar ecsigia una destreza particular. La caza con el halcon y los perros se hizo el objeto primario de la educacion; el talento mas admirado, la ocupacion mas honorífica de los nobles, y pudiera decirse, el único negocio de su vida. Alfredo el Grande, rey de Inglaterra en el siglo VIII, aprendió á cazar antes que á leer: su historiador observa que antes de haber cumplido doce

años, Alfredo era el cazador mas diestro y activo de Inglaterra.

La intensidad de la pasión por la caza en los indicados siglos puede tomarse de los siguientes síntomas: 1º como el derecho de caza estaba reservado á la nobleza y se exigía que se hiciera con halcones y perros, por esto raras veces salían los nobles de su casa sin llevar en el puño un halcón de reclamo y seguidos de un perro, supuesto que estas bestias eran en la opinión común el símbolo de la nobleza; por esto fué prohibido á las personas que no pertenecían á la clase noble, el honor de tener perros, como hoy se les prohíbe usar de armas ó escudos gentilicios. Los reyes y los grandes, jamás se desprendían de su halcón, pues no le abandonaban ni en las iglesias ni viages, porque se les tendría á deshonor (*).

2º Siendo los perros por una parte señales de nobleza, y por otra fuentes de placer el mas delicioso en aquellos tiempos, se percibe la razón por qué se hicieron los favoritos y compañeros de los grandes y fueron *un obstáculo á la introducción de los usos atentos y urbanos*. En efecto, perros y gran-

(*) Antes del siglo X era prohibido en Francia por ley, que un francés prisionero cediera para su rescate su espada ó su halcón, permitiéndose en su lugar que se diesen ciento ó doscientos esclavos adheridos á sus heredades. Le Grand d'Aussy refiere que el señor de Sassay tenia en la iglesia el derecho de poner su halcón en la esquina del altar.

des, grandes y perros, como dice Henry, no era posible separarlos (*).

3º Los perros, caballos y halcones eran el testo favorito de las conversaciones de los nobles. Algunos príncipes y barones en Inglaterra mantenían tiros de 1600 perros ó mas. Las cazas reales causaban tanto gasto como los torneos.

(*) Cuando Galeazo María Sforza, duque de Milan, fué á Florencia en 1471, llevó consigo 500 pares de perros de diversas razas, y á proporción halcones y gavilanes, por si le daba en el camino la gana de cazar.—Luis XI, rey de Francia en el siglo XVI, al cual fué dado por primera vez el título de magestad, recibía á los embajadores extranjeros sentado sobre un miserable banco, teniendo casi siempre sobre sus rodillas algun perrillo.

La historia observa que Luis XIII, en el siglo XVII, dotado de excelente memoria, la empleaba en retener los nombres de sus perros; toda su sagacidad consistía en hablarles y hacerse entender de ellos. Un dia, durante la lección que le daba su preceptor Rivau un perro favorito ocupaba toda la atención del principillo: el preceptor, incomodado, echó al perro con una patada; el augusto escolar se indignó por ello á tal punto que se arrojó contra el maestro á las puñadas. ¿Cuál fué la consecuencia de esta aventura? Que el preceptor, pedida su dimisión, salió de la corte y el perro quedó en ella.—El gran cazador, dignatario de suma importancia en las antiguas cortes, cuando era llamado ante los tribunales, no estaba obligado á invocar el nombre de Dios en su juramento, sino que le bastaba hacerlo por su cuerno y por sus perros.—El conde de Sancerre, queriendo señalar de un modo particular su pasión por la caza, fundó un orden de caballería bajo el título de *Orden del Lebré*.—Francisco I, según refiere Brantome, decia frecuentemente que no habia noble en Francia, por pequeño que fuere, que no pudiera recibir dignamente en su casa al rey, si podia mostrarle *un hermoso perro, un lindo caballo, ó una bella mujer*,

4º Hacia los tiempos de Enrique VIII, rey de Inglaterra en el siglo XVI, se hicieron muchos tratados sobre la manera de alimentar é instruir el halcon; se distinguieron sus especies con mucho cuidado; se encontraron para todas las clases, desde el emperador hasta el campesino; y los nobles eran menos celosos de sus escudos de armas que de la especie de halcon con que eran distinguidos.

5º Leyes feroces fueron dadas para impedir la matanza de perros y de animales de caza. En efecto, al principio solo se permitió á los militares el cazar: despues fué prohibido matar á los animales salvages sin permiso del rey; luego se ordenó á los jueces cuidar de esas bestias; conservar los bosques y alimentar los perros que les eran recomendados; la libertad y la vida de un hombre se apreciaban menos que la de un ciervo ó un faisán.

6º Los mismos eclesiásticos seculares y regulares, sacerdotes y obispos, olvidando la gravedad de su ministerio, pasaban su tiempo entre perros y gavilanes, en medio de los bosques. De ello dan prueba tantas penas decretadas por los concilios, que miraron esta ocupacion como profana é incompatible con la dignidad eclesiástica.

7º Las mismas mugeres, á pesar de su nativa delicadeza y timidez, se dejaron dominar de la pasion de la caza. Las damas inglesas se aplicaron á ella con tal ardor en el siglo XII, que con pájaros de presa llegaron en este arte á superar á los nobles.

Por este motivo se encuentran muchos monumentos fúnebres de mugeres en Europa adornados con el halcon, como era de uso representarlo en los de los nobles, cuando no eran muertos en la guerra.

8º Como no hay pasion que no haya intentado justificar sus excesos, revistiéndolos, para hacerlos respetables, de las apariencias religiosas, no causará por esto asombro, que Gaston Febo, conde de Foix, haya propuesto la caza, no solo como medio de felicidad en esta vida, sino de salud para la otra. En su Tratado sobre la caza dice que *ella sirve para ahuyentar todos los pecados. Pues quien huuye de los siete pecados mortales, segun nuestra fé, debe salvarse.* No obstante, en el curso de la obra, parece que el piadoso conde, es asaltado de algun escrúpulo, pues que modifica un poco su razonamiento; y conviene que podrian los cazadores no ser colocados por este medio en *mitad del paraiso;* pero pretende que *au moins ils seront logiez aux faux-bourgs, et basses-cours;* y concluye: *c'est pourquoi je conseille a toutes manieres de gens, de quelque état qu'ils soient, qu'ils aiment les chiens.*

Este desordenado amor por la caza produjo los males que son su ordinario resultado, á saber: indolencia activa que despreció todas las profesiones; espíritu de opresion contra el ciudadano; obstáculos para las mejoras agrarias. En efecto, abatir las florestas, desecar los pantanos, y destruir los animales maléficós que las habitan, son los primeros

objetos que reclaman los trabajos del hombre que quiere someter la naturaleza á sus necesidades. Pues todos estos trabajos estaban prohibidos por una aristocracia territorial, que reprimia á su antojo los progresos de la agricultura y no habia aprendido todavía á sacrificar los placeres á su avaricia. Así las mas hermosas comarcas de Europa, desde el siglo V al XIV, quedaron mas ó menos desiertas. Los animales salvages igualmente que los bosques, custodiados por leyes feroces, hicieron prevalecer el principio, de que para la conservación de las florestas no estaba obligado el rey á respetar las reglas de la justicia. Las diversiones de los nobles tendian á la destruccion del estado, y substituian los ciervos á los agricultores, como los reglamentos de Pio IV substituian las mulas á los artistas.

Las habitudes salvages se introdujeron en las fiestas. Cuando en el siglo XVI, Enrique II de Francia, entró solemnemente en San Juan de Maurienne, fué recibido por cien hombres vestidos con pieles de oso, quienes tenian esactamente la apariencia de esos animales, á escepcion de una espada que llevaban sobre las espaldas. Primero acompañaron al rey dando mil saltos y cabriolas; y para imitar mejor á los osos, se trepaban sobre las paredes de las casas, sobre las pilastras de los mercados, y daban gritos y ahullidos semejantes á los que resuenan por los bosques. Finalmente, dirigieron al príncipe una salva, seguida de alaridos tan horribles, que espantados

los caballos, y rotas las riendas y cinchas, echaron á correr. ¿No es muy noble y decente esta manera de divertirse, que causa espanto á los caballos? Por desgracia de los países de América, todavía nos quedan en varios pueblos algunas huellas de estos entretenimientos, que las autoridades toleran y que los hombres sensatos miran con indiferencia. Es peor todavía el que los eclesiásticos los admitan en las graves y solemnes ceremonias de la religion, donde el vulgo olvida los respetos debidos al misterio de la Eucaristía por entregarse con algazara á las bufonadas indecentes de los fingidos lobos y tigres, perros y gatos que preceden en las procesiones de tan augusta solemnidad.

Las diversiones corpóreas, que prevalecian en los tiempos pasados, nos dan, pues, los resultados generales siguientes: 1º conquistas, agresiones, saqueos, y supercherías proclamadas como acciones honoríficas; 2º los animales salvages mas apreciados que los hombres; 3º los grandes familiarizados con perros, caballos, osos y leones; 4º destruccion de trabajos agrarios y obstáculos á sus progresos. Podria decirse, destruccion de toda civilidad: en efecto, Carlos IX de Francia, á mediados del siglo XVI, apasionado con exceso de la caza, habria querido, si merece fé el historiador Mathieu, *pasar su vida en los bosques, llamando á la mansion en las ciudades, el sepulcro de los vivientes* (*).

(*) Este sentimiento no parece discordar mucho de los títulos que se dieron á varios soberanos: por ejemplo, en el siglo X

Observaciones sobre la gimnástica. La gimnástica, que muchos escritores respetables han recomendado con tanto celo, era muy buena cuando de una parte se hallaban los pueblos en continuo estado de guerra, y de otra prevalecían las fuerzas corpóreas en estas luchas. Empero desde que las masas generales de las naciones, se han hecho extrañas á las guerras; desde que las armas de fuego disminuyeron la necesidad de las fuerzas corpóreas extraordinarias, con sentidas quejas del famoso manchego de Cervantes; desde que el génio de un capitán, pudo hacer las veces de muchos millares de brazos y piernas, la gimnástica, útil ejercicio para los pueblos bárbaros; inútil para los civilizados, ha perdido y debió perder la mayor parte de su precio como lo perdieron los clepsidros de los antiguos cuando fueron inventados nuestros relojes.

Querer que todos los varones se adiestren en los ejercicios guerreros, es una verdadera locura en la actual division de los trabajos; porque equivale á querer que todos sean agricultores, leñadores, carpinteros, herreros y médicos, puesto que estas profesiones son necesarias en cualquier estado social (*).

Los conocimientos científicos y los gruesos hubo un Enrique llamado *el pajarero*, emperador en el XII, Enrique *el león*, duque de Sajonia; en el mismo, Alberto *el oso*, elector de Brandeburgo; y en el XV, Filiberto *el cazador*, duque de Saboya.

(*) De esta regla se exceptúan los suizos que tienen necesidad de vender una parte de su población á las potencias extranjeras para sus ejércitos: así concurren todos los días festivos para tirar al blanco y ejercitar el brazo.

capitales que hoy requiere la milicia, haciendo imposibles las invasiones que acontecían en los siglos pasados, muestran como irracionales los temores en cuya virtud se quieren generalizar los ejercicios guerreros.

Y si además se reflexiona que el aumento extraordinario en las fuerzas corpóreas equivale á disminucion en las intelectuales; si se observa que un paseo moderado procura aquella salud de que se cree fuente fecunda á la gimnástica, se reconocerá que el tiempo ocupado en los ejercicios del cuerpo, puede ocuparse mas útilmente en la adquisicion de conocimientos útiles y de las artes agradables, lo que requiere métodos y dá resultados infinitamente diversos. En vez, por ejemplo, de conducir los jóvenes á los bosques para ejercitarlos en correr, saltar y treparse por los árboles, como se proponían hacer algunos doctos respetables de años pasados, es acaso mejor consejo, dividir los jóvenes en bandas, dirigida cada una por un profesor, que les explique, paseando, las maravillosas apariciones de la naturaleza; y ora les muestre en los árboles los fenómenos de la vegetacion, ora les indique en los rios las leyes de las aguas corrientes, y por todas partes les haga fijar la atencion, para escitar su curiosidad, en el descubrimiento de las causas en los portentos del Criador.

El hombre es un compuesto de cuerpo y espíritu: es preciso, pues, ejercitar las fuerzas de estas dos

sustancias en razón de sus necesidades. Los tiempos bárbaros escigen mas fuerzas corpóreas; los civilizados mas intelectuales; empero éstas son fuente de mayores ventajas para la sociedad y de mayores placeres para el individuo. Seria necedad tratar de borrar los lados que tenemos comunes con los brutos; pero lo seria mayor no quererse distinguir de ellos hasta donde sea posible.

CAPÍTULO V.

Esceso en los juegos de azar en los tiempos pasados.

LA caza es tan solo posible de dia, en las estaciones propicias, y en estado de salud. Todos los instantes que se hallan fuera de estos tres límites, escigen otras sensaciones. En los siglos pasados eran tanto mas necesarias otras diversiones, quanto que poquísimos podian entretenerse á sí mismos leyendo, escribiendo ó meditando, y no eran además frecuentes los espectáculos teatrales y los otros medios ingeniosos inventados despues para divertirse; por esto entre las naciones salvages se encuentran y deben encontrarse los juegos de azar como destinados á ocupar los momentos de ocio.

Tambien nosotros tenemos por desgracia estos juegos; pero qué diferencia entre la pasion actual y la de los pueblos bárbaros ó de los siglos pasados! En efecto, los germanos, segun Tácito, se abandonaban á los juegos de azar con tal exceso y ardor, que quando habian perdido sus bienes, jugaban su misma persona, ó sea su libertad. San Ambrosio atestigua lo mismo de los hunos.

Todo lo que Tácito refiere de los antiguos ger-

manos relativamente al vicio del juego y á las consecuencias á que eran reducidos los vencidos, se ve confirmado por la historia de los salvages actuales. Los viajeros están conformes en decir que en Africa y América, hordas vagamundas y poblaciones enteras son dadas al juego con mas furor que no las naciones civilizadas. Los de la India juegan hasta los dedos de las manos, que se cortan para desempeñarse de sus deudas. Los negros de Juida juegan hasta sus mugeres y sus hijos. Robertson, desenvolviendo las costumbres de nuestros salvages de América, dice: "Un desreglado amor por el juego, y especialmente por el llamado de azar, que parece natural á los pueblos no acostumbrados á las ocupaciones de una industria regular, se ha hecho de la misma manera universal entre los americanos. . . . Estos pueblos, que en otros tiempos son tan indiferentes, tan flemáticos, tan taciturnos y desinteresados, luego que se empeñan al juego se vuelven rapaces, impacientes, rumorosos y casi frenéticos por la avidez. Sus pieles y otros arreos domésticos, sus vestidos y sus armas, todo se espone sobre la mesa; y cuando es perdido todo, por grande que sea el sentimiento de su independencia, en un ataque frenético de desesperacion ó esperanza, arriesgan muchas veces en una sola apuesta su libertad personal. Renuévanse en varias tribus estas partidas de juego, y en cada fiesta forman su mayor entretenimiento. La

"supersticion, que siempre mantiene en vigor estas pasiones, viene á prestar su ayuda para confirmar y avalorar una inclinacion tan favorita. Sus sacerdotes acostumbran prescribir una partida solemnemente de juego, como uno de los medios mas eficaces para aplacar á los dioses ó restituir la salud á los enfermos."

La pasion del juego hizo callar antiguamente el sentimiento de la gravedad y de la decencia que deben presidir á todos los actos de los eclesiásticos. Justiniano atestigua que los mismos obispos perdian su tiempo al juego de dados. Le Beau habla de un obispo de Sillea, que vivia en tiempo del emperador Leon V, al principio del siglo IX, el cual, dice, no solo era el mas astuto cortesano, sino el mayor jugador. El cardenal San Pedro Damian, condenó en el siglo XI á un obispo de Florencia por haber jugado en un albergue, á recitar tres veces el Salterio, á lavar los piés á doce pobres y darles un escudo á cada uno.

Los feudatarios, fieros y ociosos, ávidos de dinero y solo capaces de arruinar á sus vasallos, despues de haberse embriagado y batido, eran jugadores furiosos, sin ser retenidos ni por la decencia ni por las leyes. El hermano de San Luis jugaba apasionadamente á los dados, sin miramiento á las órdenes de aquel virtuoso príncipe. El sistema feudal acreció en los pueblos la necesidad de jugar, pues que mantenía frecuentemente ociosa una multitud de gente sobre las armas.

Duguesclin, condestable de Francia, el mas célebre guerrero del siglo XIV y grande igualmente en el consejo, perdió en la cárcel al juego cuanto tenia. Muchos generales, despues de arruinar sus negocios, comprometieron por el juego la salud de la patria. Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, que mandaba el asedio de Florencia por el emperador Carlos V, perdió al juego el dinero que se le dió para pagar á los soldados, y fué obligado, despues de once meses de penalidades, á capitular con los que habria forzado á rendirse.

Finalmente, el juego halló asilo, proteccion y seguridad en las córtes, y fué alentado por el ejemplo de los mismos gobernantes. Enrique III, rey de Francia, erigió en el Luvre un reducto donde se jugaba á los naipes y dados, y donde en una noche perdió 30.000 escudos. Enrique IV, aunque dotado de tantas virtudes, difundió con su ejemplo la pasion del juego en términos que toda la severidad de Luis XIII no acertó á contenerla. Fué tal la pasion de este rey, que á pesar de sus tan sublimes cualidades, retuvo un dia setenta y dos mil liras sobre una confiscacion en que no podia tener ninguna parte: muchas familias ilustres se arruinaron; y cuando era preciso pagar, los perdidosos se rehacian de la pérdida con la espada ó hacian callar á los tribunales.

Actualmente la pasion del juego ha disminuido un poco, porque se le han asociado otros gustos; el

tiempo y el dinero que se consagran á la comedia, no se puedan dedicar á los dados; lo que se gasta en sorbetes y otras bebidas no puede jugarse á los naipes; el tresillo y ajedrez, eesigidos por la vanidad, alejan de los albures; y dígase lo mismo de otras cosas censuradas con el título de molicie. El moralista pedante que condena el sorbete, el tresillo y la comedia, es como el médico que reprueba las sangrías en las enfermedades inflamatorias. En el ánimo del vulgo no se ha disminuido la *avidez* de ganar; pero sí ha mermado *el poder* de jugar.